



culto. A este es á quien se ofrece la «*prima-vera sagrada*,» *ver sacrum*, y el primer mes del año, *Marzo*. En veinte años, la generacion consagrada abandona las montañas y marcha á buscar fortuna á las llanuras; la colonia armada sigue el vuelo de las aves ó la huella del venado. La tribu del «*pico verde*» conquistó el Pícono; la del «*lobo*» el Samnium; otra la Campania, la Lucania, todo á expensas de los Opíques, Oscos, de los hombres de las tierras bajas.

Sus leyes son también mucho ménos adelantadas que las de los etruscos, aunque más libres y más independientes. Se sirven del viejo código del rey Italo, que ajusta la paz y el orden legal dentro de la ciudad.

Entre ellos se encuentran los elementos de la vida pública: la familia, la tribu, la ciudad, encima de la que, y sobre una eminencia, levántase la ciudadela y debajo la ciudad *oppidum* ó *urbs*, y los *pagi* ó burgos (villas pequeñas). Entre estas ciudades, especialmente la del Lacio, la «*vasta llanura*,» existen pactos de eterna alianza. Estas confederaciones se componen de treinta ciudades, y los consejos de los confederados se celebran cerca de la fuente Ferentina, la *Vénus latina*. Hay entre ellos fiestas comunes, como las «*ferias latinas*,» durante

las que se suspendian las enemistades y hostilidades.

Pero entre estas diversas ligas no habia ningun lazo, ninguna union. Los pueblos todos son de carácter belicoso, y además puede decirse: «¿Quién triunfará de ellos ó sin ellos?» Pero este ardor no le emplean sino unos contra otros. Esto es también una presa para la nacion que sepa aprovecharse de la desunion, porque esta desunion traerá su ruina.

Pero en la época que historiamos (750), el poder de los etruscos se halla en el más alto grado de esplendor; mas no es á ellos, sin embargo, á quien está reservado el imperio de Italia.

El poder aristocrático de los lucumones y el sistema federativo de los italiotas, son muy débiles para fundar la unidad; la gran Grecia es muy voluptuosa, muy comerciante, está excesivamente fraccionada y es muy poco aguerrida; la poblacion antigua amaba con pasión su territorio y su independencia, y era muy bárbara y muy celosa de su pequeña individualidad.

Es necesario que Roma se levante, que reúna todos estos elementos, que los funde, y forme con ellos el coloso de hierro que sujetará el mundo.

CAPÍTULO XIII

Concepto sobre la marcha del espíritu humano: Filosofía y religion.—Progreso del error.—Sus caracteres en Oriente y en Occidente.—Los sábios de Oriente.—Los filósofos de Occidente.—Contraste religioso de los dos mundos.—La religion en la China.—En Arabia.—En Egipto.—En Persia y en Asiria.—En la India.—Los cultos occidentales entre los iberos y los galos, los pelasgos, los colonos extranjeros, los helenos.—El culto y los sacerdotes en Occidente.—Los oráculos.—Conservacion de algunas tradiciones primitivas.—Misterios de Samotracia.—De Eleusis.—Importancia de la imitacion.—Relaciones del Oriente y del Occidente.—Actividad del espíritu oriental.—Los libros sagrados del Egipto.—Thoth ó Hermés.—Los libros sagrados de la India.—Los vedas.—El Dharma sastra.—Filosofía religiosa.—Filosofía del Egipto.—Filosofía de la India.—Los sistemas ortodoxos.—La Mimansa.—Mimansa karma.—Influencia de la filosofía religiosa de la Judea en Oriente.—Buddha y el buddhismo.—Los filósofos heterodoxos; la Vaisequika; Kanada.—Kapila y el materialismo.—Pantadjali y el misticismo.—Resumen de la filosofía oriental.—La filosofía en Occidente.—Sus caracteres.—Cantores y poetas sagrados.—Orfeo y los orficos.—Maseo, Eumolpos, Olen.—Los Etruscos.—Caracteres del genio de Occidente.—Antropomorfismo griego.—Resumen

En el periodo enteramente sacerdotal anterior al siglo XVI de la era antigua, adquirió el error grandes proporciones. Sus progresos de quinientos años fueron espantosos; las dos grandes vías que el espíritu humano se habia trazado á presencia del error, las irá siguiendo en su engrandecimiento.

Religion y filosofía, ciencia y culto, serán como en lo pasado el escollo y la ruina de la verdad.

Fiel á sus falsos hábitos, el antiguo Oriente sigue su obra, enseñando á las masas una religion que la entrega más y más á las groseras idolatrías y á las vergonzosas adoraciones, y perdiendo poco á poco el precioso tesoro de la tradicion que la ignorancia olvida, que el simbolismo desfigura, que la filosofía corrompe y falsea á su placer; trabajo lento y porfiado, que arraiga sobre las tierras de Asia estos monstruosos sistemas, productos de las más extrañas locuras de la razon humana.

Como si no bastase su incesante accion, nueva ayuda ha venido al espíritu de la mentira. El Occidente se ha rebelado. Ardiente y temerario, ha comenzado por romper en las peregrinaciones de sus hijos el yugo de las opiniones nuevamente recibidas de las tradiciones reveladas,

como también ha sacudido el yugo de las castas y de la religion. Ha arrojado por los vientos del desierto las antiguas nociones, se ha creado para sí divinidades, disfrazando los dioses de la patria ó creándose otros nuevos. Ha querido que los séres á los que se dirigian sus súplicas participasen de sus penas, de sus alegrías, de sus virtudes y especialmente de sus vicios. Era esto una manera especial de extravío. Resignado sin dificultad á las leyes del destino, vivió bajo este fatalismo sin resentirse de la dureza desesperadora; se entrega de lleno con una fe increíble á todos los placeres y á todas las extravagancias. Poco le importa el porvenir. Goza del presente y canta y se corona de rosas, porque ha de morir mañana. Todo su horizonte está limitado á la voluptuosidad del momento, y si alguna vez se cuida de su origen y de su destino, y si suscita algunas de las grandes cuestiones de la humanidad y del mundo, será para resolverlas divirtiéndose en sus ratos perdidos. Los más sábios de estos pueblos son hombres libres que no tienen fe más que en su razon, no pidiendo más que á ella esta verdad, de la que se dicen ser ellos los sectarios, y se contentan despues con enseñar á algunos discípulos y con discutir holga-



damente bajo las deliciosas sombras ó los suntuosos pórticos, sin desear por su parte otra influencia que los aplausos de su jóven auditorio, ni otro resultado que una gloria efímera. Tan grande es la diferencia entre el Oriente y el Occidente bajo este punto de vista.

En Asia, si un hombre sale de su esfera, si aspira á dominar á sus semejantes por la inteligencia, le servirá de apoyo la religion; hablará en nombre del Dios superior, se presentará como su enviado, quizás como su encarnacion. Detrás de él estará todo el poder del cielo; hablará de autoridad, y de autoridad divina. Se deberá creer sin discusion; será necesario prosternarse y recibir de rodillas las palabras del libro sagrado que Thoth, Bel y Brahma dictarán; y con semejantes elementos, el reformador establecerá una creencia, un imperio, y quizás será adorado como un Dios.

En Occidente, por el contrario, el sábio ó el filósofo será siempre un hombre aislado, sin mision, buscando la verdad para él y por él, sin más crédito que el de su palabra humana; sin más influencia que la del maestro sobre sus discípulos. Lejos de organizar una secta, apenas podrá hacer otra cosa que establecer una escuela. Muerto él, no seguirán sus opiniones ni aun los más adeptos de su escuela; los discípulos no aguardarán acaso este supremo momento para atacar y contradecir á su jefe. El alcance de sus enseñanzas será tan poco extenso, que los pequeños príncipes, y los grandes y los ricos, tendrán como segura prenda filósofos y razonadores, segun tienen baladines y bufones. Diversion para unos, medio de estudio para otros, hé aquí todo su papel frente á las clases superiores; en cuanto á la muchedumbre, su accion es nula, ni siquiera goza de la popularidad.

En el carácter antitético de los dos mundos puede hallarse la razon de esta diferencia.

El Asia lleva hasta en su religion esta especie de tenacidad progresiva é infatigable que constituye el fondo de su constitucion. Ella es grave, tranquila, contemplativa; hay en sus actos algo de esta lógica seria que sigue paso á paso con un rigor inflexible las consecuencias de su principio fundado. Marcha lentamente, pero sin apartarse de su camino; profundizó al

fin el surco que habia abierto, y que debia servir para llevarla al abismo.

La Europa lleva otra marcha; respira siempre un aire independiente; no quiere vivir más que de sí misma, de sus pensamientos y de sus caprichos. Cualquier yugo es insoportable para ella; basta que una opinion le sea impuesta, para que ella se rebele y la desprecie. Racionalista por excelencia, no apela á otra que á sí misma; arrogante y altanera, inconstante sobremanera, recibe todas las impresiones, pero las modifica todas á su placer. Va pasando de extremo en extremo, sin cuidarse de ser consecuente.

Bajo cualquier concepto que se examine esta sociedad, siempre el mismo espectáculo llevará á todas las consideraciones, siempre el espectáculo quedará vivo y animado. Misterioso y contemplativo, absorto en su trabajo continuo, tal es el Oriente; osado, demostrativo, inconstante y amigo de la variedad, tal es el Occidente.

El período que vamos á describir nos da la prueba de este carácter. Por doquiera se le encuentra en los dogmas religiosos como en las creencias filosóficas, en las ciencias como en las letras, y en las artes tambien.

Preparada como ya hemos visto el Asia, debió sentir poco las conquistas egipcias. Sin duda el paso de Ramsés y de sus formidables batallones debió poner en circulacion muchas ideas de Mezraim. Pero la invasion no fué, ni muy larga, ni bastante duradera para dejar profundas huellas. No hizo más que esparcir algunas supersticiones más, que se mezclaron con las vanas creencias de los pueblos que formaron pronto cuerpo con ellas.

Entre tantos errores, la fusion era fácil. En el fondo quedó siempre lo mismo, y cada nacion continuó silenciosamente el progreso de sus fatales aberraciones.

Por apartada que pudiera mantenerse de la accion política general, la China no deja de adorar á los genios de las aguas y de las montañas y los recuerdos de sus antepasados. Materializa cada vez más sus homenajes al dios Tien, que fué para ella como el ropaje del cielo. Pide el secreto del porvenir á la *tortuga sa-*



grada, y rinde un verdadero culto de idolatría á las mujeres de sus emperadores, reunidos en el templo de la luz (Ming-Tang).

Por lo demás, tiene muy poca veneracion por este culto; el rey Wu juega con las pequeñas estatuas de los espíritus, y les ultraja cuando pierden la batalla. Dejemos al Celeste Imperio en su embrutecimiento, pues que en él va á permanecer largo tiempo todavía.

En la otra extremidad del Asia, la Arabia sabe aislarse tambien detrás de las arenas de su desierto. Tranquila y descuidada, se entrega á la fácil adoracion de sus idolos; pregunta al hado y consulta á los astros. Himyar se prosterna delante del sol; Cenanat, delante de la luna; la estrella Aldebaran, el ojo de toro, recibe los homenajes de Misa; Almosthari, Júpiter, los de Lackam y Jedam; Alshaaril, Obur, Sirius, los de Kais; porque cada una de estas tribus cree que el beneficio de la lluvia es debido á estos astros protectores que dirigen las fuerzas de la naturaleza. Sabe, por otra parte, que las almas inmortales deben estar sumisas á un juicio severo, y que al final de los tiempos los mismos cuerpos se levantarán de la tumba para marchar delante del soberano juez, y tambien el hijo tiene cuidado de inmolar un camello sobre la tierra que cubre el cadáver de su padre, á fin de que en el momento solemne, el resucitado no se presente á pié en el tribunal (1).

Mientras que el árabe del Yemen vió en su poética indolencia al rudo beduino, su hermano, desheredado, vive del botín y de las rapiñas, adorando á su patriarca Abraham y á su padre Ismael, sirviéndose de las flechas sagradas y agrupando en derredor de la Caaba la «Casa Cuadrada,» las innumerables estatuas de sus genios divinos.

Cansado de sus conquistas el Egipto, más misterioso que nunca, multiplica, ya los magníficos templos de sus dioses, ya sus simbólicas triadas; cada canton es como un feudo de una série de manifestaciones celestiales. Sin duda el culto de un Dios único, la tradicion

(1) Pococke, *Specimen, historia aráb., Notas de Sacy.*

de una Trinidad soberana, se iba conservando tambien á la sombra del santuario; sin duda, el colegio de sacerdotes de Menfis y de Tebas, no perdió por completo la antigua creencia. Pero la muchedumbre, que no se elevaba sobre el espectáculo de las ceremonias, que adoraba en realidad la figura de cabeza de gavi-lan ocultando como con un velo al Dios creador é inteligente; la muchedumbre, que se prosternaba delante del buey sagrado ó lloraba en los funerales del cocodrilo simbólico, veíase agobiada más y más cada dia en sus tristes errores, y gemía bajo el yugo degradante de las castas sacerdotales.

Parecida, aunque ménos poderosa, era en el Asia Central la autoridad de los magos ó mughbédés del Irán y de los arameos de la Caldea.

La Persia guardaba religiosamente con el recuerdo de Djem-Schid el culto del sol y del fuego sagrado. El sol era el todo para ella, su muerte y su salvacion; fertilizaba sus campos y quemaba sus desiertos. Pero las guerras y las turbaciones políticas la arrastran en cierta manera á la perseverancia de sus errores; queda estacionaria en los dogmas de los *poeriodeschishaus*, sus primeros predecesores.

Los magos están muy mezclados con el movimiento interior y exterior para que puedan ejercer su accion y su influencia; velan por la conservacion del antiguo sabeismo, cuyas creencias reinan en toda el Asia Central y dominan en la Georgia y en la Armenia.

La Caldea estaba más habituada que el Irán á una sumision completa por parte de los sábios de Babilonia. Su fama se habia extendido mucho; los brahmanes conservaban con los arameos lazos de veneracion, casi de obediencia. Tanto como duró el imperio de Asiria, los sábios de Babel ejercieron un grande poder; muchas veces llenaron los destinos del país y hasta llegaron á ocupar el trono. Toda una dinastía ciñó la tiara con Bal-Asur, Belesis, y la famosa era de Nabonasar señala á la vez, por una parte, la confianza que el Asia entera tenia en los cálculos de estos pontífices, y por otra el gran crédito que gozaban sus decisiones. Aunque llegan á tomar parte en el imperio asirio, Babilonia será siempre la ciudad



santa del Oriente, la ciudad en la que los investigadores de la ciencia se harán presentes para oír las lecciones de los astrónomos y de los sacerdotes. Se concibe que la religion del Estado no debió variar más que la casta que velaba por su conservacion; el fuego sagrado recibia siempre los homenajes de los arameos. Los levitas de Israel cantaban á la vuelta del cautiverio: ¡Oh Dios! Tú elegiste á Abraham y le sacaste del fuego de los caldeos (1).

Por do quiera aparecia el Bel de los cielos, con su cortejo de divinidades celestiales y terrestres, Nebo, Nisroch, Sin, Samas, Ao, Ninip, Astarté, Mylita y sus infames misterios.

Este culto se fué extendiendo con la influencia de la Caldea sobre todo el litoral del Mediterráneo. Baal, Maloch, Astarté tuvieron altares y adoradores en Siria, en Fenicia, y hasta en la Palestina, y en el pueblo escogido de Dios; pero sobre todo en la India es donde reina y domina de una manera prodigiosa el poder sacerdotal. Nada puede contrarrestar su dominacion. Aplauden los errores de los pacíficos habitantes del Ganges, y se pierden en la vanidad de sus doctrinas.

Con las lecciones de estos maestros, la India, con su vida sensualista y voluptuosa, no tarda en multiplicar hasta el infinito los objetos de su veneracion. La mansion de Hiudra, el cielo, se puebla con miles de deidades graciosas ó raras.

No bastan Brahma, Vichnu y Schiva, y sus numerosas encarnaciones; confiado y crédulo, el indio se complace en ver y en honrar por todas partes los genios y los séres sobrenaturales.

La nube ligera que hace volar la brisa, el eco del valle, el murmullo de los bosques y el soplo armonioso del viento, son el carro mágico y los acordes de una *Apsará*, divina bayadera, son los *daints*, demonios, que brincan en la piedra; el dulce sueño y la feliz imaginacion son la obra de los *degotas*, buenos genios. Todo es dios en la naturaleza, desde el agua del Océano y del Ganges, hasta la escarcha oculta en el fondo del valle de Kaschmyr.

(1) Esdras.

No habia en toda la Asia sino constantes esfuerzos en el sentido de la más completa perdicion de las verdades primitivas. Del décimo-sexto al undécimo siglo, la marcha fué continua; los progresos respondieron á la perseverancia del espíritu del error.

Ofrécese el mismo resultado en Occidente; pero los medios de acción son diferentes, el genio de este mundo occidental va á quedar trazado desde el principio.

Todo lo que el poder sacerdotal ganó en Asia, lo pierde en las nuevas comarcas de la Europa. Las razas viajeras se han desembarazado de la violencia inútil de las castas, del yugo saludable de las tradiciones. Durante los peligros del camino, las incertidumbres del combate, los desastres de la derrota, ó las alegrías del triunfo, bastólas un jefe al que luego divinizaron, un bardo que cantó sus expediciones, un sacerdote, por último, que hizo en nombre de todos el sacrificio de expiacion ó de acción de gracias. Los astros del cielo, los elementos, la fuerza de esta naturaleza, que era necesario domar, fueron los principales dioses que conjuró la horda vagamunda, y cuando se detuvo cansada del camino, bendijo y adoró la montaña que la abrigaba, la fuente que la aplacó la sed, ó los genios invisibles cuyos beneficios recaian sobre ella.

De estos sentimientos de reconocimiento, mezclados con el vago recuerdo de los dioses de la patria abandonada, nació el culto primitivo de los países occidentales.

No es necesario preguntar otras cosas á los antiguos iberos y á los galos sus vencedores; los primeros adoraron á los astros y á los genios de sus montañas, *Hillarquia*, la luna, etc.; los segundos á sus jefes y á sus espíritus de los rios y de las comarcas, *Tararann*, *Kirk*, *Hesus*, etc.

Más apegados los pelasgos á los orígenes asiáticos, ménos expuestos á las fatigas y á las aventuras de una ruta peligrosa, conservaron rasgos de analogía mucho más vivos y más numerosos con sus primitivos vecinos. Se hizo la fusion por la religion en la península del Asia Menor. Todos los sistemas, los más absurdos; todas las locuras teogónicas de las grandes fa-



milias humanas se habian dado la mano. Allí se habian amalgamado todas, gracias al elemento egipcio, y de esta fusion habia resultado una nueva clase de politeísmo mal definido, en el que todo estaba en germen, y en el que todo se trazaba de una manera incompleta, en el que el deísmo se abria paso al lado del fatalismo, en el que el monoteísmo chocaba con la pluralidad indefinida de las divinidades, verdadero caos por cima del cual aparecia el vago culto de la gran naturaleza, de la materia eterna adorada bajo mil diversas formas.

Esto es lo que más tarde quedó formulado en la Grecia; esto es lo que vino á ser la religion del pueblo con el tiempo, y cuyo pueblo mereció que se le conociera con el nombre de «pueblo el más espiritual de la tierra,» no siendo en verdad ni siquiera el más sensato.

La confusion de ideas y de dogmas que acabamos de trazar, no habia pasado el Helesponto desde la llegada de las colonias extranjeras en la Grecia; cada una de ellas se encargó en su círculo de acción de operar parcialmente lo que por el Asia Menor habia producido la conquista de Ramsés. La religion bastante profunda de los cabires (1), sus creencias tristes y misteriosas, pero exentas de todo materialismo grosero, debió ceder ante la invasion de todos los errores importados de Oriente, y de Egipto sobre todo.

La tierra de Mezraim habia ya hecho notables progresos en esta funesta ruta; y si la clase sacerdotal conservaba todavía algunos vestigios de verdad bajo el yugo de su poder, las clases inferiores habian perdido todo recuerdo. El pueblo ignoraba los símbolos y no adoraba más que la representacion real y la figura material; creia en la generacion verdadera de los dioses y de las diosas, y de aquí seguia necesariamente la aplicacion que hacia á las divinidades de todas las pasiones, de todas las debilidades de la naturaleza humana, con la que parecian estar tan hermanadas.

Pero es preciso observar bien que no fueron

(1) Véase sobre los cabires, Sainte-Croix, *Investigaciones sobre los misterios*, y una notable Memoria de M. Rosignol sobre los metales en la antigüedad.

sacerdotes, ni siquiera sábios, los que llegaron primeramente á tierra pelásgica.

Los colonos de Atica, de Beocia y de Megáride eran proscritos, soldados y del pueblo bajo, y lo que es peor, de impuros y de rebeldes, abominacion de las clases superiores, y sobre todo de la clase sacerdotal. Llegaron allí con todos sus errores de baja concepcion y con las supersticiones de la muchedumbre. Sus dioses, hombres y mujeres, brutales y libertinos, tenían todos los vicios de nuestra naturaleza, y además la inmortalidad y la omnipotencia como excusa y salvaguardia. Es adorada la gran diosa de Sais Neith, tipo de la fuerza moral y física que preside á la sabiduría y á la guerra, emanacion de Ammon, sér superior y creador, y que es despues la diosa Atenes, divinidad de las artes y de las armas, nacida del cerebro de Zeus, Dios creador y soberano. Envidiosa y cruel, se hizo accesible á todo el ódio de una mujer; pero conservó su cocodrilo como recuerdo de su origen, y la estatua de Acrópolis recordó por sus atributos á la de la Noma Saitica.

El obrero divino, el agente cósmico, Phtah, no fué más que el herrero que galopeaba sobre el hierro «Héphaistas» (Vulcano).

La diosa vencida se instruyó en esta religion degradada; apenas pudieron evadirse de este nuevo desastre algunas nociones sagradas, sepultadas por los fugitivos en los santuarios de la Samotracia.

La colonia que el príncipe de Tanis desembarcó en la Argolida, aunque más pura y ménos embrollada, no era sin embargo una emigracion de las castas dominantes. Era una reunion de descontentos, de vencidos, que pertenecian en su mayor parte al país del delta, que segun ya sabemos era la peor recomendacion cerca de los sacerdotes de Egipto. No debemos, sin embargo, figurarnos que todas las grandes ideas que ellos ocultaban y conservaban, tomaran inmediatamente curso en el reino de Armais. No obstante, hubo entre este estado y los demás del mismo origen una notable diferencia; también el culto de la diosa madre, de la naturaleza generatriz, de Neith ó Isis está allí representado bajo formas orientales; las hijas del príncipe instituyen las «tesmoforias» en